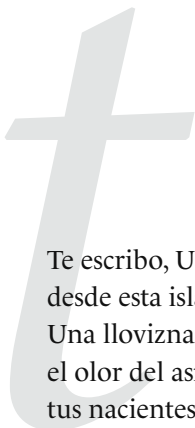


# Breves cartas de Ítaca

Ibán de León



I

Te escribo, Ulises,  
desde esta isla que espera tu regreso igual que el primer día.  
Una llovizna niña incendiaba la tarde,  
el olor del asfalto mojado en su esqueleto:  
tus nacientes pulmones tocaron la vigilia detrás de las cortinas  
de una sala común donde la angustia era.  
Esta noche de julio tiene el agua en sus goznes detenida,  
pero no aquella luz, principio del asombro  
en los blancos pasillos de un hospital de pobres.

Ahora que te has ido,  
puedo sentir tus pasos recorriendo la umbría del jardín,  
tu risa desbandada que descubre las flores,  
la humedad en la hierba y el camino boscoso que dejan las hormigas.  
He sentido otra vez el golpe de la puerta mientras me dices “vamos”,  
aunque tú desconozcas el latido del tren que avanza rumbo al sur.  
He sentido tu mano tomada de mi mano,  
tan pequeña y austral,  
amorosa en sí misma por guardar el misterio de tu sangre.  
Paciente Ulises, que fincaste tu edad en estos muros,  
te digo con la voz al filo del abismo  
que aquí las horas cantan el rumor de los años  
y que cada palabra  
envejece al momento de escribirse.

## II

Te he visto de espaldas corriendo hacia tu madre,  
con la vasta alegría de aquellos que regresan,  
tarde o temprano, a casa.  
Has vuelto la mirada para darme el calor del mes que te ha nombrado.  
Y el abrazo y el beso que anuncian tu partida  
se confunden ligeros con el ruido del tren,  
su chirrido de potros desbordando el metal.  
Es opaco el instante y opaca mi memoria  
que se detiene aquí para verte correr desde tus cinco años.  
Amanecen las bardas el musgo de sus piedras,  
el ruido del camión de la basura se aleja hasta nublarse.  
Voy a abrir la ventana y este mar del verano inundará mi voz  
y no podré decirte, oh impotencia del habla,  
que conocí los límites del tiempo  
en tus gestos de niño.

## III

Dónde estarán, Ulises,  
las horas que transcurrieron mientras jugabas en un parque,  
el alto sueño de los abetos y los fierros oxidados de las resbaladillas,  
el sol de noviembre y su aire de pétalos marchitos,  
los otros niños a quienes no conocías y llamabas amigos.  
Ayer pensé en el vacío,  
la soledad de un mueble que ha caído en desuso sin razón aparente.  
Llegué a la conclusión de que nada es recuperable,  
ni siquiera la hierba que invade tras la lluvia.  
De cualquier modo la tristeza sigue su curso de aguas heladas  
y atraviesa el jardín, sus fatigados gorriones.  
Yo estoy aquí mientras vas al parque y juegas con otros niños  
a los que desconoces y ya no llamas amigos,  
porque tú eres otro.  
Hoy tuve plena conciencia de las horas que avanzan sin detenerse,  
como un arroyo al que lanzamos un barco de papel  
sabiendo de antemano que no volveremos a verlo.  
Seguramente tampoco soy el mismo,  
y esto que escribo aún no dice, tal vez nunca lo haga,  
lo que fui, lo que fuimos,  
una fría mañana de noviembre en la que yo no estuve.

#### IV

He soñado que llueve últimamente  
y despierto sintiendo la eléctrica memoria del verano  
adentro de mis huesos. Hace algún tiempo, Ulises,  
el acto de dormir me resulta insufrible.  
Uno pasa la vida, el aluvión frenético del polvo,  
buscando la penumbra del descanso,  
pero yo ya no tengo para qué  
y dormir no me trae la paz de cuando niño.  
Llueve mucho en mis sueños un agua menudita de principios de mayo:  
me veo en la ventana mientras sobre los techos la tristeza resbala  
sus canciones de lodo.  
Y cuando abro los ojos, cuando golpea el ruido de la noche  
el borde de mis párpados,  
me doy cuenta que todo está en su sitio,  
y que yo ya no tengo sino este amor que busca,  
este cúmulo amargo de padre que oscurece  
cuando dejas la isla para volver al mundo. 